

## Introducción

### Muchos dioses, muchas posibilidades

Por fin. Frente a él, a pocos estadios de distancia, se encuentra el oráculo de Dodona. Fecilo está cansado, pero, sin duda, el viaje ha merecido la pena. Había partido días atrás de su aldea natal en la isla de Corcira, decidido a encontrar la respuesta a una cuestión que lo turbaba desde hace tiempo y cuya resolución determinaría su futuro. ¿Quiénes sino los dioses saben qué es lo que más le conviene? Tras unos días de navegación y haber atracado en el puerto de la *polis* de Ambracia, se había dirigido hacia el norte, atravesando valles, ríos y montañas, hasta llegar a su destino. Ahora lo tiene ante sus ojos. El oráculo más antiguo de todos.

El peregrino recorre los últimos pasos que le quedan. A medida que avanza, observa los diferentes elementos del lugar. A lo lejos, dominando la zona, divisa la colina sobre la cual han construido unas murallas. Para Fecilo es la primera visita a Dodona, pero por las descripciones de su padre, que había venido tiempo atrás, sabe que el santuario no está en la acrópolis, sino abajo, en la ladera sur. Hacia allí dirige su mirada. Unas paredes levantadas hace poco impiden que pueda ver el interior. De camino a la entrada, se cruza con otros peregrinos y con puestos ambulantes que venden animales para sacrificar y esculturas de pequeño tamaño que sirven como ofrendas a los dioses. Algunas de estas, elaboradas en bronce, son de una belleza excepcional. Pero Fecilo

sabe que no puede permitirse nada costoso. No obstante, ya tendrá tiempo para elegir qué comprar.

Atraviesa por fin los muros y se encuentra ante una explanada al aire libre con algunos edificios al fondo. Reconoce al instante el templo de Zeus, rodeado por una tapia de baja altura. Dentro de este espacio sagrado, el tēmenos, se alza, majestuoso, el roble de Dodona. Fecilo siente la presencia del dios brotar del árbol. Sabe que ahí va a encontrar la respuesta que busca. Sonríe también al contemplar el regalo que sus compatriotas habían entregado al oráculo. Sobre una columna, ve una estatua en bronce que representa a un joven con un látigo de tres cadenas frente a un caldero encima de un trípode. Según le habían explicado a Fecilo, el movimiento de las cadenas al chocar con el caldero produce un sonido único que el personal del oráculo interpreta, traduciendo la voz de los dioses. Antes de que los habitantes de Corcira obsequiaran al santuario con esta ofrenda, el método empleado consistía en un conjunto de calderos metálicos que, formando un círculo alrededor del roble sagrado, eran golpeados entre sí para que el sonido producido permitiera conocer la voluntad divina.

El personal del santuario indica al peregrino que debe esperar a que llegue su turno. Fecilo decide entonces deambular por el lugar, aprovechando para charlar con otras personas que se encuentran también allí para consultar a Zeus y Dione, los dioses del oráculo. Entabla conversación, por ejemplo, con un joven, más o menos de su edad, que ha ido para saber si tendrá éxito en su competición en las próximas Olimpiadas. Tras desearle suerte, se entretiene con otro individuo, un señor más mayor. Este dice llamarse Leontino y está muy preocupado. Fecilo descubre que ha ido a Dodona para saber si su hijo, Leonto, se recuperará de una afección que tiene en el pecho. Hace ya un tiempo que el chico está en cama y no puede ni levantarse. No sabe qué va a ocurrir,

## INTRODUCCIÓN

pero tal vez los dioses puedan decirle si conseguirá superar la enfermedad. Otro caso que llama mucho la atención a Fecilo es el de una mujer, Cleunica, a la que escucha relatar su historia a la vendedora del puesto de figuritas para ofrendar. Aunque la conversación transcurre en voz baja, nuestro peregrino alcanza a entender lo básico del problema. Ella está casada y anhela tener hijos, pero no consigue quedarse embarazada. Su intención es averiguar por medio del oráculo si le conviene buscarse a otro hombre. Un asunto complicado, piensa Fecilo. Pero quién es él para entrometerse en la vida de esa joven.

El tiempo transcurre y, cuando queda poco para que llegue su turno, Fecilo considera que es el momento de adquirir un animal para sacrificar antes de la consulta. Aunque no tiene muchos recursos, Fecilo sabe que lo que va a preguntar a los dioses resultará decisivo para su porvenir, así que no puede escatimar en gastos. Tras un intenso regateo, consigue hacerse con un pequeño lechón. También se procura una figurita en terracota de Poseidón, que depositará en honor al oráculo y al dios de los mares. La estatuilla es un poco tosca, pero servirá. Ya preparado, el peregrino continúa su espera, compartiendo su historia con otros visitantes hasta que, finalmente, lo llaman.

Un sacerdote le indica que debe acceder al recinto del templo de Zeus, situarse cerca del roble y, allí, realizar el sacrificio. Una vez hecho esto, aparece una sacerdotisa portando una tablilla de plomo de pequeño tamaño y muy fina. En ella ha de ponerse por escrito la consulta al oráculo. Fecilo no acostumbra a leer ni escribir; sin embargo, su nivel de conocimiento es suficiente para poder trazar, con sumo cuidado, las letras que dan forma a su pregunta. Utilizando un punzón, poco a poco añade una palabra tras otra. Una reflexión en su cabeza, ligada a su familia y a lo que siempre se ha esperado de él. En la tablilla se puede leer lo siguiente: «Dios. A la buena fortuna. ¿Le ordena el dios a Fecilo que

desempeñe a la labor de sus antepasados, la pesca, por ser lo preferible y lo mejor que puede hacer?».

Poco después, nuestro protagonista emprende el camino de retorno a casa, al lugar donde lo recibirán los suyos, a la espera de que siga los pasos de su padre, de su abuelo y de su bisabuelo. Una vida dedicada al mar. Su familia, de hecho, desconoce el motivo real por el que ha viajado a Dodona. Piensan que su intención es preguntar a Zeus y Dione de qué manera puede hacer prosperar el negocio. Sin embargo, Fecilo siempre ha sentido que hay algo en él que no encaja con el mundo de la pesca, aunque tampoco le desagrada dedicarse a ello. Su visita a Dodona le ha aclarado las ideas. Ahora ya sabe qué quiere hacer. Con la decisión tomada, el joven peregrino comienza a caminar, alejándose del santuario, rumbo a su hogar y al que va a ser su futuro. Un futuro que acepta, guiado por la voz de los dioses.

Corre el año 1932. Un equipo de arqueólogos griegos, liderados por el profesor Dimitrios Evangelidis, excava el yacimiento del antiguo santuario de Dodona. Entre templos, estatuas, pedestales, altares y ofrendas aparecen cientos de tablillas de plomo. El grado de conservación de muchas es pésimo, pero aun así encuentran abundantes ejemplares en los que todavía se pueden leer, al menos, palabras sueltas. En algunos casos, por fortuna, el texto se ha preservado intacto. Una de ellas recoge la pregunta que un tal Fecilo hizo al oráculo acerca de si debía dedicarse a la pesca, al igual que hicieron sus antepasados.<sup>1</sup> «¿Cuál sería la respuesta de los dioses?», se preguntan.

Por desgracia, desconocemos si Fecilo volvió a su hogar para dedicar el resto de su vida a la pesca, continuando así la tradición familiar, o si el oráculo le indicó que las divinidades esperaban de él que buscara otra actividad. La mayor

## INTRODUCCIÓN

parte de las tablillas de Dodona presentan el texto de las consultas que los peregrinos hicieron a las deidades tutelares del santuario, Zeus y Dione; solo unas pocas revelan qué respuesta se les transmitió por medio del sonido del caldero metálico y la interpretación que el personal del oráculo había hecho. Podemos suponer que Fecilo no se veía a sí mismo manteniendo el mismo estilo de vida de su padre, de su abuelo y quién sabe de cuántas generaciones más. ¿Por qué si no iba a preguntar esto al oráculo de Dodona? Tal vez, temiendo una mala reacción por parte de su familia si anunciaba su decisión de buscarse otro oficio, Fecilo pensó que el respaldo de los dioses conferiría una mayor autoridad y firmeza a su resolución si la respuesta resultaba acorde a sus intenciones. Sus padres no podrían negar la voluntad divina. Del mismo modo, el propio Fecilo, en caso de recibir la indicación de seguir como pescador, calmaría su malestar interior al aceptar que los dioses, conociéndolo bien, sabían que eso era lo que debía hacer. Lamentablemente, solo podemos elaborar hipótesis. Una simple pregunta que, sin embargo, tanta importancia tuvo para esta persona, para nuestro protagonista en el inicio de este libro. Queda para la mente del lector, en definitiva, el imaginar qué respuesta obtuvo Fecilo, tratando de reconstruir la historia de un individuo que, hace aproximadamente 2300 años, hizo uso de uno de los recursos más habituales a disposición de los antiguos griegos cuando se quería resolver alguna incógnita: consultar a un oráculo.

En *La voz de los dioses* haremos un recorrido por el mundo de la adivinación y los oráculos en la Grecia antigua. Un tema repleto de episodios a caballo entre lo real y lo mítico, entre lo histórico y la moraleja; donde se entremezclan elementos misteriosos, información de dudosa veracidad y he-

chos bien contrastados con otras fuentes. En muchos casos, a medida que avancemos, capítulo tras capítulo, surgirán nuevos interrogantes. Algunos se contestarán más adelante, mientras que otros quedarán irremediabilmente sin respuesta. Es importante dejar claro desde el principio que hoy en día existen muchas lagunas en la información que nos ha llegado acerca de los oráculos griegos. Algo en cierto modo inevitable, ya que la práctica de la adivinación siempre estuvo rodeada de un cierto halo de misticismo, donde lo mortal y lo divino se unían. Un territorio brumoso en el que la propia ausencia de claridad y certeza desempeñaba un papel de enorme importancia. Todo esto se comprenderá a medida que pasemos las páginas y desentrañemos las características y los secretos de los oráculos de la antigua Grecia.

La religión en Grecia formaba parte del día a día, dirigiendo las costumbres y actividades que se llevaban a cabo. La agricultura y la ganadería eran posibles porque había dioses que velaban por el bien de las cosechas y los rebaños. En la guerra, los soldados confiaban en la protección y apoyo divinos. En la vida política, las creencias religiosas servían para refrendar y afianzar la legislación y las distintas normativas que regían la comunidad. Y así, un largo listado de circunstancias y situaciones en las que lo religioso estaba presente.

Dentro de este espectro, la adivinación también gozó de una inmensa popularidad en todas las capas sociales, tanto a nivel individual como colectivo. Ya fuera para averiguar algo sucedido en el pasado, para solucionar un problema en el presente o para saber qué ocurriría en el futuro, la adivinación resultó un recurso primordial, sobre todo de mano de los oráculos. Como es de esperar, se buscaba una respuesta segura. Ante la incertidumbre de tomar una decisión equivocada, era preferible dejarse guiar por las indicaciones de una tercera persona, o más bien, de la esfera divina. A nivel psicológico, es un razonamiento que puede contribuir a aliviar

## INTRODUCCIÓN

la tensión de la persona sobre el problema, pues, en parte, uno se libera de la responsabilidad de la elección. Podríamos decir que se prefería llegar a la decisión final con la ayuda de un oráculo. Es bastante probable que Fecilo, teniendo en cuenta la pregunta que planteó, tuviera en mente dedicarse a otro trabajo. Pero él mismo era consciente de la reacción desfavorable que podría haber suscitado en el núcleo familiar. Tanto la justificación de la decisión como lo acertado o no de la misma dependían de este modo de la voluntad divina, y, por tanto, el riesgo de equivocarse disminuía.

En la Antigüedad, la incertidumbre ante un asunto provocaba que la confianza y el respeto hacia los oráculos y la magia fueran mayores. En caso de que una decisión tomada resultase errónea, la persona evitaba su propia culpa (o ser culpada por otros). Y, del mismo modo, en las consultas colectivas, la comunidad en cuestión eludía las críticas alegando que se habían limitado a obedecer al oráculo. También es cierto, como veremos, que en más de una ocasión la respuesta del oráculo discurría en el terreno de la ambigüedad. El significado de la respuesta era lo suficientemente abierto como para que, en caso de no acertar en lo que el consultante había entendido, el propio oráculo podía argumentar que el error había sido una incorrecta interpretación. No obstante, este libro también pretende demostrar que, en realidad, no son pocos los casos en los que la respuesta oracular sí era precisa y clara.

Antes de entrar en materia, debemos definir una serie de aspectos para construir la infraestructura del tema que abordamos en este libro. Empezaremos con el concepto de «fuentes», término ya empleado en las páginas anteriores. Procedente del latín *fons-fontis*, significa manantial, del cual brota el agua, o también, en sentido figurado, el origen, cau-

sa o principio de algo. Entendemos las fuentes, por tanto, como el recurso que nos aporta información sobre una cuestión. A su vez, podemos diferenciar entre las «fuentes primarias», es decir, las originales, que, en nuestro caso, por lo general, datan de la propia Antigüedad clásica; y las «fuentes secundarias», la documentación que nos indica cómo acceder a las fuentes primarias. En este libro aludiré en numerosas ocasiones a las primeras, las cuales, en esencia, constituyen esa materia prima que nos permite reconstruir el pasado.

¿Cuáles son esas fuentes a las que recurre un investigador en Historia Antigua de Grecia? Principalmente, cuatro. Primero, la literatura. Son muchos los autores antiguos cuyos escritos se han conservado total o parcialmente hasta nuestros días, gracias a la labor de copistas que, a lo largo de los siglos, han contribuido a que no se pierdan. Encontramos obras de historiadores que describen eventos históricos, como Tucídides en su libro sobre la guerra del Peloponeso, que enfrentó a Esparta y Atenas. También obras teatrales, como las comedias de Aristófanes y las tragedias de Eurípides. Estos dramaturgos reflejan en sus creaciones muchos detalles que nos ayudan a reconstruir las creencias y costumbres de la comunidad griega. El género de la biografía, cultivado por autores como Plutarco, nos ofrece mucha información sobre determinados individuos que, por diferentes motivos, alcanzaron una gran fama. No puede faltar tampoco la épica, el relato normalmente en verso de grandes epopeyas. Las más populares fueron siempre las obras homéricas: la *Iliada*, que narra la guerra de Troya, y la *Odisea*, con el periplo del héroe Odiseo para regresar a su querida Ítaca. Asimismo, cabe destacar los papiros, de los cuales en la actualidad se sigue obteniendo información mediante el uso de nuevas tecnologías para trabajar con ejemplares aún a la espera de ser analizados y descifrados. Este tipo de soporte, elaborado a partir de la planta del mismo nombre, fue usado durante milenios en el Antiguo Egipto, y se extendió de manera paulatina a otros



## INTRODUCCIÓN

territorios. Se trataba de un material relativamente fácil de conseguir y producir. Entre otras cosas, facilitó la copia de innumerables obras de la Antigüedad clásica.

En segundo lugar, la arqueología, el conjunto de restos materiales que quedaron enterrados y que han salido a la luz en los últimos dos siglos. Estas páginas nos llevarán a recorrer los yacimientos arqueológicos donde se localizaban los oráculos más importantes y a identificar piezas y estructuras vinculadas a este tipo de actividad.

Tercero, la epigrafía, el conjunto de textos escritos en un soporte duro, como puede ser la piedra o el metal. Era frecuente, por ejemplo, que las grandes decisiones de la comunidad, tales como la aprobación de leyes, quedaran registradas en bloques de piedra que se exponían en espacios públicos. En materia oracular, contamos con un caso de un valor incalculable. Se trata del oráculo de Dodona, en el cual las consultas se ponían por escrito en pequeñas planchas de plomo, como hemos visto hacer a Fecilo. Este procedimiento ha permitido que se hayan conservado más de cuatro mil referencias. Como dice la famosa máxima: *verba volant, scripta manent*, «las palabras vuelan, lo escrito permanece».

Por último, la numismática, es decir, las monedas. Para el tema que este libro aborda, el interés no radica en la información que nos puede aportar la moneda a nivel intrínseco —el metal del que está compuesta—, sino en lo que en esta se representa, la iconografía. Los motivos y tipologías impresos en las acuñaciones siempre tienen significado, no es algo que se elija al azar. De nuevo, un ejemplo clarifica esta cuestión. Las poblaciones que vivían en la región donde se encontraba el oráculo de la muerte del Aqueronte, aquel al que, como veremos, descendió Odiseo para hablar con el sabio Tiresias, eran muy conscientes de la importancia de este santuario, que se convirtió en un símbolo de identidad colectiva, compartido por todos ellos. Por este motivo, algunas de las monedas acuñadas en esta zona llevaban plasmadas las

representaciones de Perséfone y Cerbero, entre otros; una clara alusión al Inframundo.

A la hora de estudiar las fuentes es fundamental tener en cuenta que el hecho de que algo esté escrito no implica su veracidad. Es fácil dejarse llevar por la presunción de que un documento antiguo presenta información cierta. Pero nada más lejos de la realidad. La tarea del historiador es precisamente analizar los recursos del pasado que se tiene a disposición, exprimir y diferenciar los datos, contrastarlos y sacar conclusiones para poder comprender mejor lo ocurrido, así como las dinámicas y procesos históricos. No obstante, no es necesario ser historiador para distinguir si la información es veraz o falsa, tampoco las diferentes maneras de transmitir un hecho. A modo de ejemplo, pensemos en una noticia cualquiera de la actualidad, sea de política, economía o deportes. Si consultamos lo que se cuenta sobre el mismo hecho en todos los periódicos, que abarcan de izquierda a derecha el amplio espectro ideológico, comprobaremos que no hay dos noticias iguales y, sin embargo, en todos los medios se informa de lo mismo. Cada uno habrá seleccionado los datos que le interesan —tanto al propio periódico como a los lectores usuales, que presumiblemente tendrán una perspectiva afín al mismo— sin que, por tanto, podamos determinar que hay una única noticia verdadera y que el resto son falsas.

La información es manipulable. Esto era una realidad en el pasado y lo sigue siendo hoy en día. A más de un lector le estará viniendo a la mente esa famosa sentencia que dice «la historia la escriben los vencedores». Así es, en efecto. Teniendo en cuenta esto, pues, debemos ser conscientes de que lo que las fuentes nos cuentan sobre los oráculos griegos se rige por la misma pauta. En más de una ocasión, leeremos acerca de consultas oraculares cuya historicidad es dudosa, con las que se pretendía transmitir un mensaje muy específico, como, por ejemplo, las nefastas consecuencias de ignorar a

## INTRODUCCIÓN

los dioses. Muchas veces quedará en manos del lector decidir cómo interpretar la referencia en cuestión.

Otro elemento que debemos considerar es el amplio abanico de posibilidades que se ofrecía a los griegos a la hora de consultar a los oráculos y de hacer uso de la práctica adivinatoria. Aunque más adelante entraremos más a fondo en este tema, el título de esta introducción subraya una realidad: fueron muchos los emplazamientos que los habitantes del mundo heleno tenían a su disposición para tratar estos asuntos. Algunos dioses gozaban de un especial prestigio en materia oracular, como es el caso de Apolo y Zeus, divinidades tutelares de varios de los oráculos más influyentes. Pero no eran los únicos. Las fuentes nos hablan de santuarios donde otras deidades o figuras mitológicas, como Asclepio, Gea, Hermes, Poseidón, Trofonio o Anfiarao, entre otros, también eran consultados por sus dotes oraculares. En algunos casos, de hecho, había cierta especialización en los asuntos que llevaban a los peregrinos a preguntar a un oráculo, como ocurría, por ejemplo, con Asclepio, dios que se movía en la esfera de las enfermedades y la sanación. Queda claro, por tanto, que vamos a adentrarnos en un tema amplio y complejo, donde la fe de los griegos en sus dioses quedaba manifiesta.

En los siguientes capítulos se ahondará en los distintos aspectos que nos permiten reconstruir el mundo oracular griego, comenzando por el *dónde*, los diferentes enclaves en los que se localizaban los oráculos, porque para aprender sobre ellos, primero necesitamos saber acerca de sus emplazamientos y de qué manera la ubicación influía en el tipo de peregrinos que recibían. Muchos se situaban en parajes naturales, en los que el entorno desempeñaba un papel importante, pero otros se encontraban en espacios urbanos. En

este punto también consideraremos el factor distancia y la trascendencia de las fronteras a la hora de decantarse por un oráculo u otro. Desplazarse varios cientos de kilómetros no resultaba viable para cualquiera, sobre todo si se tienen en cuenta los distintos territorios que debían atravesarse. El mundo griego estuvo fragmentado a nivel político durante siglos, lo que conllevaba complicaciones en materia de movilidad entre zonas. Además, las dinámicas geopolíticas llevaron a los santuarios oraculares a participar en las disensiones existentes entre las *polis*, lo que en determinados casos provocó que algunas comunidades se vieran favorecidas ante otras. También tendrá cabida en este apartado la tipología de santuarios oraculares en lo relativo a su alcance, pudiendo diferenciar principalmente entre los locales o regionales y los panhelénicos. Este último grupo, los oráculos consultados «por todos los griegos», es el que, por lo general, ha aportado más información, habida cuenta de su fama y repercusión en las fuentes.

Continuaremos con el *qué*, es decir, los conceptos de adivinación y oráculo, a fin de entender su importancia en la cultura helénica, y hablaremos de los enclaves más relevantes. No fueron pocos los santuarios oraculares que estuvieron disponibles para satisfacer las necesidades de individuos y comunidades. Una recopilación exhaustiva de todos los centros adivinatorios de la antigua Grecia se antoja inabarcable para un libro de estas características, sin embargo, hablaremos de muchos de ellos, entrando en detalle en los más destacables. Dedicaremos asimismo unas páginas a examinar los mitos fundacionales de estos lugares, para tratar de comprender la relevancia de su significado.

Seguidamente, abordaremos el *cómo*, los diferentes métodos empleados en los oráculos para consultar a los dioses. Las fuentes no siempre explican de forma clara esta cuestión, en muchos casos debido al aura de misterio que caracterizaba a estos lugares. No obstante, la combinación de las fuen-

## INTRODUCCIÓN

tes disponibles favorece la reconstrucción de los mecanismos de una manera fiable. Encontraremos casos en los que el azar predominaba y otros en los que el método y la respuesta estaban más abiertos a la interpretación.

El *por qué* será la cuestión que se tratará en el quinto capítulo. Conoceremos de primera mano el tipo de preguntas que los peregrinos formulaban a los oráculos. Dodona, con varios miles de consultas conservadas en las tablillas de plomo, nos aporta una cantidad ingente de información. También nos serviremos de episodios acontecidos en lugares como Delfos, Dídima, Claros o Epidauro, que conocemos gracias a la literatura. Quedará patente que, pese a estar mirando al pasado, más de dos milenios atrás, las inquietudes del ser humano no han cambiado tanto.

La transformación a lo largo del tiempo vertebra el capítulo que hay a continuación, el *cuándo*, la evolución de la actividad oracular a lo largo de los siglos. Aplicaremos una perspectiva diacrónica que nos hará recorrer la historia del mundo griego desde sus orígenes en la época oscura hasta el periodo romano, terminando con la expansión y consolidación del cristianismo, un fenómeno que tuvo como consecuencia el paulatino abandono de los santuarios oraculares. Abarcaremos, por lo tanto, un marco cronológico muy amplio, en el que, como es de esperar, el ámbito de los oráculos presenta altibajos, con épocas de gran prestigio y otras etapas en las que, en apariencia, su fama decayó.

Una vez vistas las diferentes caras del prisma oracular, habrá llegado el momento de sumergirnos en la propia experiencia del peregrino. Mantendremos un enfoque similar al presentado en el inicio de esta introducción con el caso real de Fecilo. Aprenderemos a distinguir qué elementos interaccionaban en mayor medida con el consultante, no solo en el momento específico del augurio, sino también a lo largo de la peregrinación. Para ello, recurriremos en ocasiones a las semejanzas con otro viaje bien conocido hoy en día,

el Camino de Santiago. Ante este objetivo, será necesario que nos planteemos una serie de cuestiones metodológicas. ¿Realmente podemos reconstruir la experiencia de una consulta oracular? ¿Hasta qué punto estamos capacitados para ponernos en la piel de alguien que vivió hace dos mil quinientos años?

Por último, las conclusiones tendrán una doble finalidad. Primero, destacaremos los aspectos más relevantes vistos a lo largo del libro, lo que nos permitirá obtener una imagen general de lo que los oráculos representaron para el mundo griego. Segundo, buscaremos ir más allá, planteando cuestiones que pudieran haber surgido en la mente del lector al recorrer estas páginas. No siempre tendremos la respuesta, sea por falta de información o porque se precisaría escribir otro libro sobre ello; pero ahí radica la clave de la curiosidad humana: avanzaremos hacia un mayor conocimiento de nuestro pasado, siendo por completo conscientes de que siempre quedará más por descubrir y aprender. Con esto en mente, veamos ahora qué nos cuenta la voz de los dioses.